

JACQUES GENET, *Chine et le catholicisme*, Gallimard, París, 1985.

No acostumbra esta revista presentar obras de historia de la Iglesia, simplemente porque no entran en el campo de su especialidad. Sin embargo, este libro —que se ubica dentro de ese género de estudios— está sustentado por una tesis filosófica que merece un análisis.

La obra plantea el problema de la incomprensión y la agresividad de los chinos ante la tarea evangelizadora de los jesuitas desarrollada desde fines del 1500 hasta principios del 1700 y propone una explicación a este hecho. Es admirable el estilo expositivo y la habilidad con que el autor maneja los datos históricos; son acertadas —desde el punto de vista actual— sus observaciones sobre la condenación por una congregación pontificia de los “ritos chinos” supuestamente paganizantes. Pero su tesis explicativa choca contra los hechos.

Según su autor, para los chinos resultó imposible aceptar la fe cristiana porque sus cuadros mentales son absolutamente distintos de los occidentales. El pensamiento de cada pueblo —explica Genet— se estructura en “cuadros mentales” ligados al idioma propio; ahora bien, la lengua china carece de sintaxis y hasta de lógica; por lo tanto, los chinos son incapaces de comprender nociones tales como las de “substancia” y “accidentes”, indispensables para exponer diversos aspectos de la fe católica.

Aunque mi desconocimiento de la lengua china sea total (y por lo tanto nada puedo decir sobre su sintaxis o su lógica) me parece inconcebible que un pueblo como el chino haya desarrollado una cultura refinada contando con un instrumento lingüístico tan caótico como afirma Genet; más aun, no veo cómo podrían comunicarse entre sí los que emplean ese idioma. Como contrapartida cabría recordar que un compatriota del autor, educado por jesuitas, René Descartes, con “cuadros mentales” típicamente occidentales, tampoco comprendió muy bien esas nociones filosóficas.

El autor no puede ignorar que pese al rechazo que padeció, el catolicismo logró afincarse en China, soportó persecuciones y dió a la Iglesia Católica mártires y santos, creyentes fervorosos, sacerdotes, obispos y cardenales, cuyos “cuadros mentales” ligados a su idioma no obstaculizaron la aceptación de la fe cristiana.

Ya desde al época de Platón y de Aristóteles, los filósofos reflexionaron sobre lo que hoy se denomina el “triángulo semiótico” (cosa-concepto-palabra). Es un hecho claro que designamos las cosas con palabras que expresan nuestras ideas; y aunque pensamos apoyándonos en imágenes mentales que muchas veces no son ya representaciones de cosas sino de los términos mismos, éstos varían de un idioma a otro, lo que muestra que son independientes en su formulación idiomática de las nociones mentales por ellos expresadas: son “voces significativas convencionales”.

Esto es un hecho tan obvio que no puede pensarse que Genet lo desconozca; tal vez habría que interpretar sus “cuadros mentales” relacionados con el lenguaje, no como categorías sino como estructuras complejas del pensamiento. Sin embargo, los ejemplos que aduce son los ya citados: “substancia”,

"accidentes" y otros como "Dios personal", "alma inmortal", "premio o castigo ultraterreno", "infierno", "paraíso", nociones "occidentales" que, para decirlo con franqueza, tampoco el autor parece comprender muy bien.

Es un hecho que las lenguas son dinámicas; están constantemente cambiando su fonética, su sintaxis, su semántica; el proceso es lento pero continuo. Por esto la lingüística subraya la importancia del estudio "diacrónico" de las diversas lenguas. Pero este cambio supone, como todo cambio, un sustrato permanente (todo cambio es cambio de algo; si no hay algo que cambie no hay cambio). Ese sustrato es el espíritu humano que siendo el mismo crea continuamente nuevas formas de manifestarse, entre ellas formas idiomáticas.

El lenguaje es expresión de un plano más profundo que el de las imágenes sensoriales; precisamente este es el ámbito en el que se establecen las nociones con las que pensamos. Es reflexionando sobre la expresión lingüística de nuestros razonamientos que un macedonio elaboró, en el siglo IV antes de Cristo, una ciencia esquemática de los modos típicos de inferencia. Nadie duda de la validez actual de las leyes lógicas descubiertas por Aristóteles, aplicables a cualquier lengua moderna aunque hayan sido formuladas en griego antiguo.

De ser cierta la teoría del autor sería imposible que la China actual tenga como ideología oficial la construida por un judío alemán a mediados del siglo pasado cuya obra fundamental es una crítica al capitalismo de su época, sobre todo del vigente en Gran Bretaña; el pensamiento de Marx sería ininteligible a los chinos. Tampoco podría explicarse cómo el cristianismo, predicado por un grupo de orientales, judíos palestinos, haya prendido tan rápida y profundamente en occidente. Las estructuras lingüísticas y los "cuadros mentales" tienen raíces muy profundas, en el espíritu humano, semejante en todos los hombres pese a las diferencias raciales e idiomáticas.

GUSTAVO ELOY PONFERRADA

GABRIEL J. ZANOTTI, *Economía de mercado y doctrina social de la iglesia*, Ed. de Belgrano, Colección Textos, Buenos Aires, 1985, 120 pp.

El tema es de actualidad por ambas partes, por el de la economía de mercado y por el de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI). Desde la aparición de *Rerum Novarum* (1891) los documentos oficiales de la Iglesia parecen cada vez más preocupados por los temas económicos. Sin embargo, difícilmente encontremos un terreno menos desarrollado en la tradición del pensamiento cristiano que la relación del cristianismo con la economía. En este aspecto está casi todo por hacerse, aquí se abre un inmenso campo a cultivar por filósofos y teólogos para superar la tradicional ignorancia católica sobre economía moderna y su cuasi oposición a la misma. Hasta ahora, los grandes analistas y conocedores de economía moderna han sido en su mayoría intelectuales no católicos, como Von Mises, Hayek, Friedman, Adam Smith. Ha faltado una reflexión de índole filosófica y teológica sobre economía política. Esta situación se está revertiendo recién ahora, desde que surge en el horizonte el filósofo y teólogo católico laico Michael Novak quien, en varias obras,